

Richard W. KAEUPER: *Medieval Chivalry*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016, 447 pp., ISBN: 9780521137959

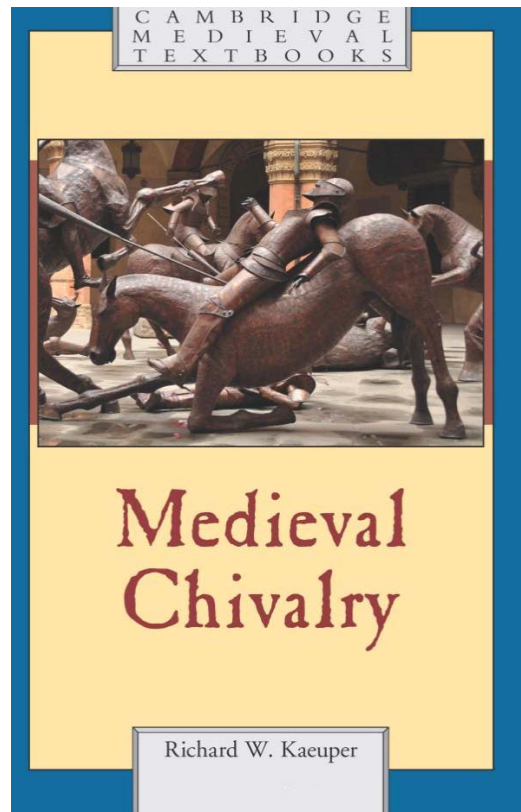
David Porrinas González
Universidad de Extremadura

Visiones y análisis del poliédrico caballero medieval

El libro de R. W. Kaeuper está llamado a convertirse en uno de los manuales de referencia sobre el complejo campo de la caballería medieval, a acompañar a grandes obras como las de Maurice Keen, Jean Flori, Joseph Fleckenstein o Dominique Barthélemy, entre otros autores que han abordado la difícil tarea de desarrollar trabajos de síntesis que analicen las líneas maestras del apasionante mundo del caballero y la caballería en la Edad Media. Puede decirse que esta obra es la suma de conocimientos de un autor que ha dedicado buena parte de su vida y trayectoria académica a la investigación sobre el caballero de la Edad Media desde diferentes puntos de vista, empleando para ello toda fuente histórica que ofrezca evidencias sobre este fenómeno. En este sentido, hay que reconocer la destacada importancia que el autor

concede a la literatura, algo que por desgracia no es tan habitual en este tipo de investigaciones como sería deseable, pues los textos considerados literarios, así lo entiende Kaeuper, deben ser también valorados como fuentes históricas de las que pueden extraerse valiosas informaciones sobre el caballero medieval que complementan y enriquecen el análisis; perspectivas e ideas que no proporcionan otras evidencias. No en vano, Kaeuper es un historiador que lleva muchos años analizando con intensidad ese tipo de escritos literarios imprescindibles, como puede apreciarse en artículos y libros que ha dedicado a esta temática. Otro de los grandes méritos de este libro es su intento por observar el fenómeno de la caballería desde una perspectiva global, podríamos decir que europea, al tratar de integrar realidades de distintos puntos de Europa como Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, incluso España, aunque en este último caso sea estudiando básicamente el *Victorial* de Gutierre Díaz de Games, una crónica ya del siglo XV, y por tanto de finales del periodo que en la obra se contempla, la Edad Media en su totalidad, como deja bien a las claras el título y la orientación del libro.

La obra del profesor de la Universidad de Rochester se divide en cinco grandes bloques temáticos, proponiendo un esquema bien articulado y coherente que estructura el trabajo en ejes que puede parecer que gozan de cierta independencia pero que, al final, se com-



plementan a la perfección. En un primer bloque, “Un acercamiento a la caballería: ¿era ésta real y práctica?”, el autor reflexiona sobre la operatividad pragmática, real, de la idea de caballería. Para ello propone una definición de lo que entiende por caballería, siendo siempre este intento de definición un asunto intrincado que no todos los estudiosos se atreven a sistematizar. Para Kaeuper la caballería tiene muchas conexiones con un ethos guerrero que es universal e intemporal, compartiendo rasgos comunes con sociedades en las que lo militar tenía un peso específico, en otros momentos o en lugares distintos a la Europa de la Edad Media. Aun así defiende que es un fenómeno esencialmente europeo y medieval, siendo precisamente esos los rasgos fundamentales que sirven para encuadrarla. La definición de caballería que propone Kaeuper en el arranque es concisa y precisa, entendiendo que ésta es el conjunto de hazañas guerreras memorables, la consideración de gran luchador, un cuerpo colectivo de guerreros a caballo y, finalmente, un “set” de ideas y prácticas que configuran el código caballeresco.

Otra idea importante que defiende este libro es la que sostiene que los mismos caballeros participaron en la articulación, no ya solo funcional, sino también ideológica de la caballería. Contribuyeron de manera activa en la forja de su ideario, no viniendo ese ethos caballeresco únicamente impuesto y diseñado por los anhelos reformistas y transformadores de los reyes y, especialmente, la Iglesia, poderes que siempre estuvieron interesados en moldear a la caballería y los caballeros, acoplándolos y adaptándolos a sus necesidades gubernamentales, expansivas, incluso coercitivas. De este modo los caballeros, en consonancia con esos otros dos poderes fundamentales mencionados, habrían sido “co-creadores” del fenómeno esencial que es la caballería medieval. Porque los caballeros, la caballería en tanto que cuerpo que va tomando consciencia de sí mismo como grupo, acabó por tener un sentido práctico, una plasmación pragmática, y no únicamente una idealidad literaria. Así lo muestran trayectorias y reflexiones de cinco caballeros modélicos, arquetípicos, que Kaeuper elige, y no al azar, para indagar en las claves de la caballería. William Marshal, Robert Bruce de Escocia, Geoffroi de Charny, don Pero Niño y Thomas Malory son los paradigmas escogidos por el autor para definir un cuadro, el del caballero medieval, compartiendo todos ellos valores y virtudes esenciales que ilustran con nitidez el fenómeno.

Abnegación, sufrimiento, bravura, valor, honor, proeza constituyen la esencia de la caballería, su corazón, siendo como planetas en torno a los cuales orbitan satélites, otras virtudes como la lealtad, la mesura o la largueza, que acaban configurando en conjunto un código de la caballería que no siempre se mostró de la misma forma, que fue evolucionando. Precisamente el siguiente apartado del libro propone una periodización de tal evolución, contemplando tres fases en ese proceso. En la primera de ellas, desde mediados del siglo IX hasta principios del siglo XIII primaría la función sobre otras consideraciones. En ese tiempo el caballero sería ante todo un combatiente a caballo. En la segunda etapa, todo el siglo XIII, ideología y mentalidad irían siendo cada vez más esenciales en la valoración del caballero y la caballería, para, ya en los siglos XIV y XV llegar incluso a suplantar esas dos realidades, ideología y mentalidad, a la función primigenia del combate a caballo que hace surgir a la caballería. Así, el código, el ethos, terminaría por ser en esos dos siglos bajomedievales más importante en la valoración del caballero que la funcionalidad práctica del mismo. Al mismo tiempo, durante esta evolución el caballero va tomando cada vez una mayor conciencia del lugar que ocupa en el entramado social de su tiempo, un espacio de poder. La

caballería va dotándose de unas señas de identidad propias y quiere mostrarlas al resto del mundo. Surgen en ese camino la heráldica, plasmación gráfica del orgullo de casta, de pertenencia a un selecto grupo de elegidos; los sellos para signar documentos en los que una figura ecuestre y armada es motivo recurrente de señores, incluso reyes; o los sepulcros esculpidos donde el yacente es representado con la panoplia propia de los caballeros. La caballería va proporcionando a quien la ostenta poder, estatus, privilegios, y por ello debe cerrarse en sí misma, para cortar el paso a aquellos a quienes en base al potencial económico que otorga el dinero intentan introducirse en ese mundo. Ello lleva a la aristocratización de la caballería, un proceso singular en el que cada vez es más costoso el equipo guerrero y la ceremonia de investidura caballescaca, cuando hay nuevos actores sociales que en base al préstamo y la actividad mercantil tienen incluso más potencial para financiar su ingreso en la caballería que los aristócratas tradicionales. Se reivindica entonces el honor, la sangre, el linaje, para distanciarse de unos considerados plebeyos que a través de actividades “burguesas” pueden ingresar en un mundo de presuntos elegidos.

Tras esas premisas necesarias el libro avanza con paso firme, introduciéndose en algunas de las claves esenciales para entender el fenómeno de la caballería medieval. La tercera parte del libro es titulada “La práctica privilegiada de la violencia”, y es subdividida en dos interesantes capítulos, que abordan respectivamente la guerra y el torneo. En el primero de los dos capítulos que constituyen esta sección se analizan algunas relaciones entre la actividad guerrera y el caballero, no todas las posibles ni con toda la profundidad deseable, hay que decirlo, aunque también que el trabajo reseñado es una síntesis y por ello no puede profundizar con intensidad en cada uno de los temas tratados. En ese capítulo sobre guerra y caballería se demuestra a las claras que el caballero surge de la violencia, siendo la actividad guerrera aquella que mejor lo define. Batallas y asedios son importantes en el quehacer cotidiano del guerrero montado, pero este no solo se emplea en esas operaciones bélicas, la primera de ellas bastante escasa en el periodo, sino en otro tipo de operaciones menos sublimes y románticas, más prosaicas, como son la cabalgada devastadora, erosiva y predatoria, donde la antorcha es el arma fundamental y no tanto la espada o la lanza. Porque el caballero medieval fue ante todo un depredador especializado, ocupando la cúspide en la cadena trófica social del momento. Eran contemplados en algunos casos como lobos que se enfrentaban a corderos. Porque el caballero no peleaba únicamente en campos de batalla y en igualdad de condiciones, es más, su principal desempeño bélico se plasmaba y manifestaba en operaciones que poco tenían y tienen de heroicas y románticas, a nuestros ojos y también a los de los hombres medievales, y donde el contrincante no eran otros caballeros armados de la misma manera que ellos, sino campesinos indefensos, sus mujeres y sus niños, así como también monasterios e instalaciones eclesiásticas regidas por monjes inermes. En ese camino desmitificador y necesario Kaeuper cuestiona algunos fundamentos de un presunto código de honor que guiaría los pasos de estos caballeros, contraponiendo anhelos reformadores y literarios con una realidad en la que la razzia devastadora, el fuego, la destrucción y el saqueo serían cotidianeidad caballescaca. Por otra parte, en un mundo presuntamente heroico, la emboscada y el engaño serían actividades habitualmente practicadas porque los caballeros eran guerreros, hombres de guerra, y en la guerra esas actuaciones fueron, y siempre han sido, necesarias, fundamentales. Entonces, como hoy, los combatientes heroicos fueron y son sublimados por literatura e iconografía, pero difícilmente hubieran podido desarrollar

la actividad para la que fueron concebidos sin esos excesos, porque la guerra fue, es y será, destrucción, devastación, atropello, escaramuza, engaños, fingimientos, añagazas, excesos.

Dentro de esta “privilegiada práctica de la violencia”, como titula el autor a este bloque central, tendrían también una importancia capital los torneos, que servirían al mismo tiempo como entrenamiento y válvula de escape a impulsos violentos de un grupo armado surgido, concebido y articulado para ejecutar prácticas violentas. Sobre esa relación entre caballería y torneo Kaeuper despliega un interesante capítulo en el que se introduce en los orígenes de este curioso deporte y su desarrollo posterior, donde el torneo va siendo complementado y sustituido por la justa, ya en el siglo XIII. A pesar de las condenas eclesiásticas a esas actividades, por considerarlas ocasión para la comisión de los siete pecados capitales, torneo y justa, y otras prácticas como los pasos de armas, ya en la baja Edad Media, seguirían siendo atractivos para unos caballeros necesitados de acción en tiempos de paz. Además, los torneos y otras celebraciones caballerescas proporcionaban posibilidades de ascenso económico y social en un mundo donde no había tierras ni castillos para todos, pues de alguna manera el ambiente en el que se desarrollaron los caballeros era altamente competitivo.

La sección cuarta es también importante y clarificadora. Ahí se analizan las relaciones entre los caballeros y los principales poderes de la sociedad medieval, los reyes y los eclesiásticos, dedicando sendos capítulos a aspectos tan complejos como esclarecedores, pues no en vano junto a los propios caballeros esos serían los verdaderos articuladores de la caballería en la Edad Media, así como los rectores del resto del cuerpo social. El diálogo y la confrontación entre esos tres estamentos fue inevitable, pues tuvieron que repartirse el poder porque, como sostiene Kaeuper, los caballeros no dejaron de ser “pequeños reyes” en los territorios que se encontraban bajo su jurisdicción. Conceptos claves como orden público, guerra privada, pecado, penitencia, paz, justicia y emergencia del Estado son puestos sobre el tapete y relacionados con la caballería en este bloque analítico.

La parte quinta del trabajo nos adentra en el sutil universo de las emociones, constituyendo el estudio de la textura de los sentimientos históricos un campo de análisis todavía no demasiado indagado por los historiadores, y que resulta esencial para entender fenómenos como el de la caballería, que no solo es un hecho histórico, sino que es también un fenómeno mental, ideológico, cultural y, como aquí se demuestra, profundamente sentimental. En esa interesante sección se esboza el análisis de la relación que guarda el caballero con sensaciones como la tristeza, representada por las lágrimas, el amor hacia la mujer, pero también hacia el compañero de armas, fundamento de la camaradería; el miedo, tan inevitable como real en contextos en los que el peligro de muerte es ubicuo y cotidiano; o la ira, que suscita unos anhelos de venganza que motivan las pasiones más elevadas u oscuras. Todas esas pasiones y sentimientos articulan distintos capítulos, novedosos e interesantes de cara a la comprensión del caballero medieval, y que nos llevan a unas últimas páginas en las que el autor condensa una serie de reflexiones tan clarificadoras como el trabajo que ha acometido, no solo para escribir este libro sino, y esto es lo importante, para haberse convertido en uno de los mayores especialistas mundiales sobre el tema aquí magistralmente abordado y expuesto.

Por todo ello consideramos muy recomendable la lectura intensa de *Medieval Chivalry*, de Richard W. Kaeuper, no solo por constituir un óptimo estado de la cuestión de los

estudios sobre el tema tratado, sino también por las aportaciones que ofrece, esbozos de líneas de investigación en las que puede profundizarse. El uso de las fuentes y la bibliografía es notable, aunque se echa en falta algo más de inmersión en contextos como el de la península Ibérica o el ámbito cruzado de Tierra Santa, que fueron también fundamentales en el desarrollo de la caballería medieval, surgiendo en ellos referentes e ideas que enriquecerían un estudio ya de por sí brillante.